

Ella

SOMBREROS ELEGANTES Y CALENTITOS

También de leopardo, esta gorra de visera en el estilo «chico» tan de moda actualmente. Como adorno, una cadenita dorada rodeando la copa.



Más que un sombrero, es un «pañuelo» atado en la nuca. La piel de leopardo, cortada en triángulo.



De piel de castor, un juvenil modelo «bretón». Se coloca hacia atrás, descubriendo las orejas.

LA piel tiene cada vez más aplicaciones. Aparece adornando el puño de un paraguas, rematando unos guantes, forrando botones... Y siempre pone, allí donde está, un detalle suntuoso y confortable.

Naturalmente, también se utiliza en la confección de sombreros, que resultan, además de elegantísimos, muy prácticos para este tiempo frío y ventoso.

Del abrigo de piel que luego fue chaquetón, más tarde cuello, y ahora un trozo que rueda por los cajones del armario, se puede hacer todavía algo; un sombrero.

Tal vez uno de estos cuatro modelos que ofrecemos a nuestras lectoras.



La suavidad, el brillo, la elegancia clásica del visón salvaje, destacan en este original y elegante sombrero de amplias alas vueltas hacia arriba y copa cónica.

EL AUTOMOVIL

ENTRE las muchas injusticias que se cometen en este mundo, hay una grandísima: la de hacer responsables de la mayor parte de las desavenencias matrimoniales al dinero, a las suegras y a las francesas rubias.

A los enamorados les tiene sin cuidado el dinero. Pueden ser perfectamente felices sin más fortuna que un par de cajones donde sembrarse y otro donde colocar el pan y la cebolla que va a servirles de almuerzo.

Las suegras, condenadas desde hace tanto tiempo a soportar el fardo de las más infundadas acusaciones, tampoco tienen por qué aceptarlas. Que le calga a uno una suegra insostenible entra en el terreno de lo posible; pero no es, en absoluto, una regla general. También puede ocurrir, y ocurre, que sea una ayuda, una compañía, una parte de las más encantadoras de la familia.

En cuanto a las francesas rubias sucede algo parecido. Francia, país burgués y ordenado por excelencia, debe luchar contra la influencia de una literatura nacida a la sombra de ciertos lugares de diversión parisinos y del prejuicio que da por sentado que, si una mujer sabe vestirse y maquillarse con arte, seduce inmediatamente al hombre más templado. No es por quitar mérito a las francesas;

pero en punto a destruir hogares puede ser tan eficaz, o más, cualquier chiquita uédica sin un gramo de pintura en la cara y con el aire más pasteurizado del mundo.

¿Quién, entonces, debe llevar con justicia el sambenito de descomponedor de matrimonios? Si se nos permite una modesta opinión, diremos que el automóvil.

Esa máquina tan moderna, tan útil, tan cromada y pintadita de verde, es un pequeño mayor de lo que parece. Porque no sólo nos lanza inopinadamente por un barranco o nos da tres vueltas en el aire como un artista de circo, sino que es causa de múltiples disgustos conyugales.

Veamos qué ocurre cuando marido y mujer salen a dar un paseo en coche. Si los dos saben conducir, cosa que ahora es frecuente, ya de entrada se plantea el primer conflicto.

El marido, sin proponer opción alguna, se sienta al volante como si los señores Peugeot, Citroën y Ford lo hubieran creado para su exclusivo uso. Cosa que no deja de ser un poco humillante para la esposa que, a lo mejor, conduce como Panglo. (¿Alguna habrá, ¿no?)

Este consueño, con un ligero resquemor por medio, no augura nada buena. Pero pongámonos en el caso de que la mujer no pueda decir ni lo que es un embra-